

En busca del sol

Escrito por Phillis Gershator

El anciano zapatero, que confeccionaba sandalias, y su esposa vivían en una pequeña casa de madera ubicada en una calle soleada de Asakusa en Japón. Durante cincuenta años, el zapatero y su esposa iban a rezar en el gran templo que quedaba en la vecindad. Luego de rezar, escogían un “papelillo de la suerte”. Antes de atarlo a un árbol, junto a otros papelillos de la suerte que ondeaban en la brisa, analizaban su contenido durante un rato. ¿Predecía la buena o la mala fortuna? A veces era difícil distinguir entre ambas.

Una semana el papelillo decía:
Encontrarán su camino propio.

-Sí, espero que lo encontremos –dijo el zapatero.

El papelillo que les tocó la semana siguiente decía: *Busquen el sol diariamente.*

-Eso será fácil –dijo la esposa-. Estamos en primavera, y en la primavera el sol siempre brilla.





Pero en la primavera del año 1966, un maestro de obras vino a medir el solar vacío al otro lado de la calle, y luego llegaron tres maquinarias y un camión lleno de obreros, quienes con las máquinas excavaron un hoyo cuadrado en el terreno e introdujeron los pilotes de las máquinas a gran profundidad en la tierra. Poco a poco, erigieron unas paredes muy altas: de ciento cincuenta y cuatro pies. El nuevo edificio se elevaba por encima de todos los demás de la manzana.

Ahora la pequeña casa de dos pisos del zapatero quedaba a la sombra del edificio de nueve pisos. Por la mañana, cuando el zapatero y su

esposa enrollaron los edredones, la casa estaba oscura y fría a pesar de que el sol brillaba fuera.

En la casa de al lado, a la izquierda, la casa del fabricante de alfombrillas tatami quedó a la sombra del mismo edificio alto. La casa del fabricante de tofu, a la derecha, también quedó en la sombra. El edificio proyectaba una sombra tan larga que se interponía entre el sol y todas las casas existentes en un rincón entero de Asakusa.

El zapatero cuidaba sus plantas con el cariño de siempre pero su acebo se empezó a poner mustio a la sombra y sus diminutos bonsáis dejaron de dar fruto.

La brisa apacible que antes se hacía sentir en Asakusa ahora, al chocar contra el alto edificio que la desviaba, se transformaba en ráfagas de viento que levantaban las faldas de la esposa del zapatero cada vez que salía a la calle y hasta le desgarraban el paraguas cuando llovía. El viento se puso tan violento que levantaba el polvo y la suciedad en remolinos parecidos a tornados y hasta arrancó de raíz las preciosas plantas del zapatero.

-Tal parece que un dragón se hubiese mudado a este vecindario –exclamó el zapatero-. ¿Cómo puede uno batallar contra un dragón? ¿Cómo podemos vivir en busca del sol aquí a la sombra de un edificio tan alto?

-Ya buscaremos la manera de hacerlo –le dijo su esposa-. La tirilla de la fortuna que nos tocó decía así. Encontraremos la forma de buscar el sol, y los vecinos nos ayudarán. ¡Todos iremos al juzgado a hablar con el juez!

-Nuestra casa está fría todo el tiempo –le dijo la esposa del zapatero al juez-. Las ropas no se secan y los edredones huelen a humedad.





-El taller de sandalias mío está siempre obscuro –dijo el zapatero-. No tengo buena visibilidad para trabajar.

-Las fibras para hacer alfombrillas no se secan bien por lo que no las puedo estirar como es debido –dijo el fabricante de alfombrillas tatami.

-El viento que sopla alrededor del edificio alto me arrebató de las manos el carro con que trabajo–dijo el fabricante de tofu.

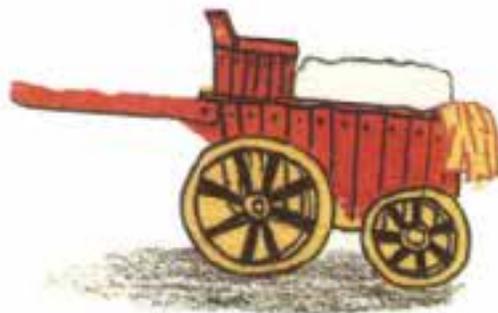


Luego de que el juez hubo escuchado los testimonios de los ciudadanos, le dio la palabra al dueño del edificio.

-No contamos con terreno suficiente aunque cada vez necesitamos más espacio para construir oficinas –explicó dueño-. No tenemos terrenos suficientes para construir horizontalmente; por eso, hay que construir verticalmente.



-Sí, es verdad –dijo el juez-. Cuando la ciudad prospera, necesita espacio para crecer, pero también es verdad que la gente también vive en esta ciudad.



Y le hizo al dueño una pregunta:

-¿Te gustaría vivir en una casa a la que no le diera la luz del sol?

El dueño del edificio inclinó la cabeza:

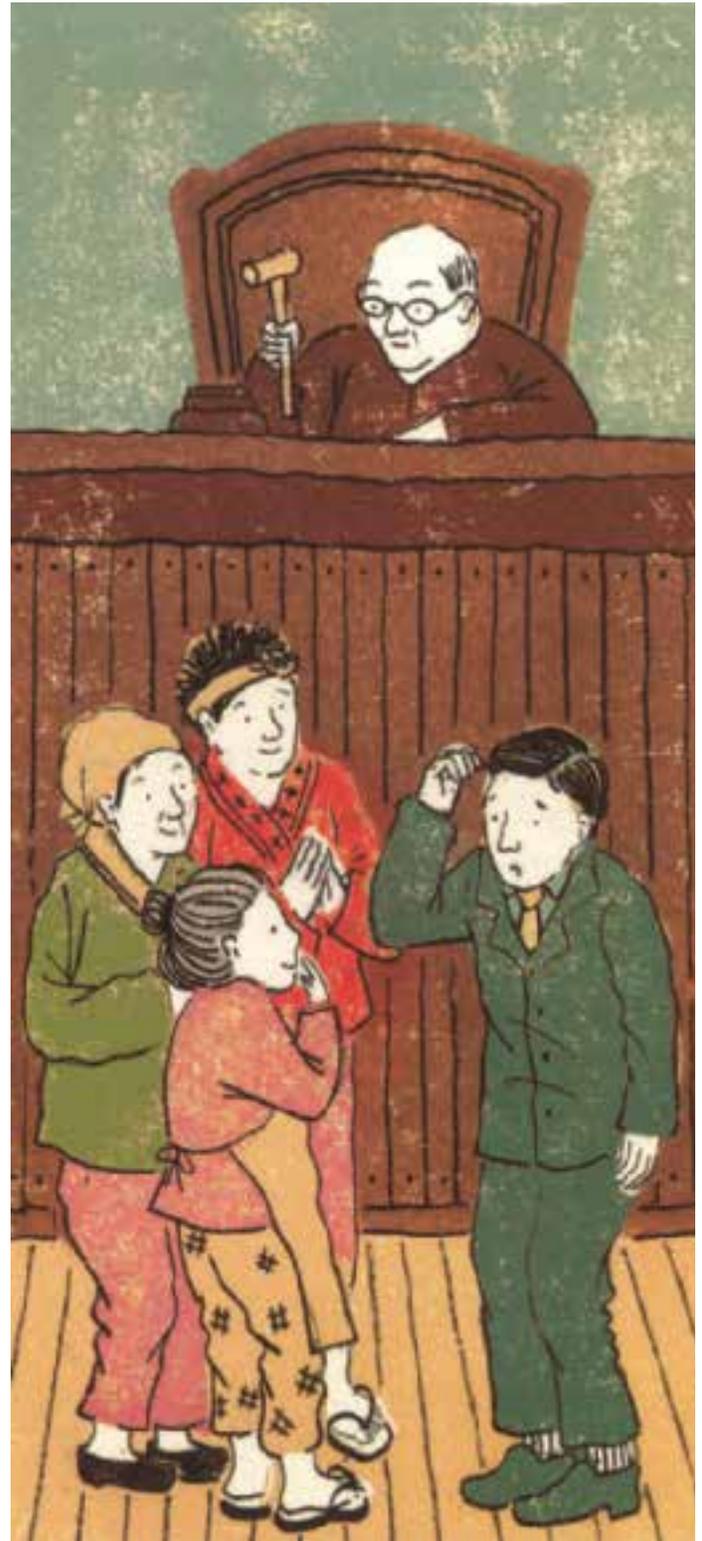
-No –respondió.

-La luz solar –declaró el juez- es esencial para llevar una vida cómoda. La ley debe proteger el derecho de los ciudadanos a disfrutar de la luz solar en sus hogares.

El juez le ordenó al dueño del edificio que pagara lo necesario al zapatero y a sus vecinos para resarcirles de los perjuicios causados al impedirles disfrutar de la luz solar. El juez también dictaminó que las compañías de construcción no podrían volver a erigir edificios de una altura que bloqueara la luz solar en las estrechas calles de Asakusa.

La próxima vez que visitaron el templo, el zapatero y su esposa ofrecieron una oración y escogieron un papelillo de la suerte. El zapatero lo leyó en voz alta:

-Este dice: *“La luz llenará el espacio vacío”*.



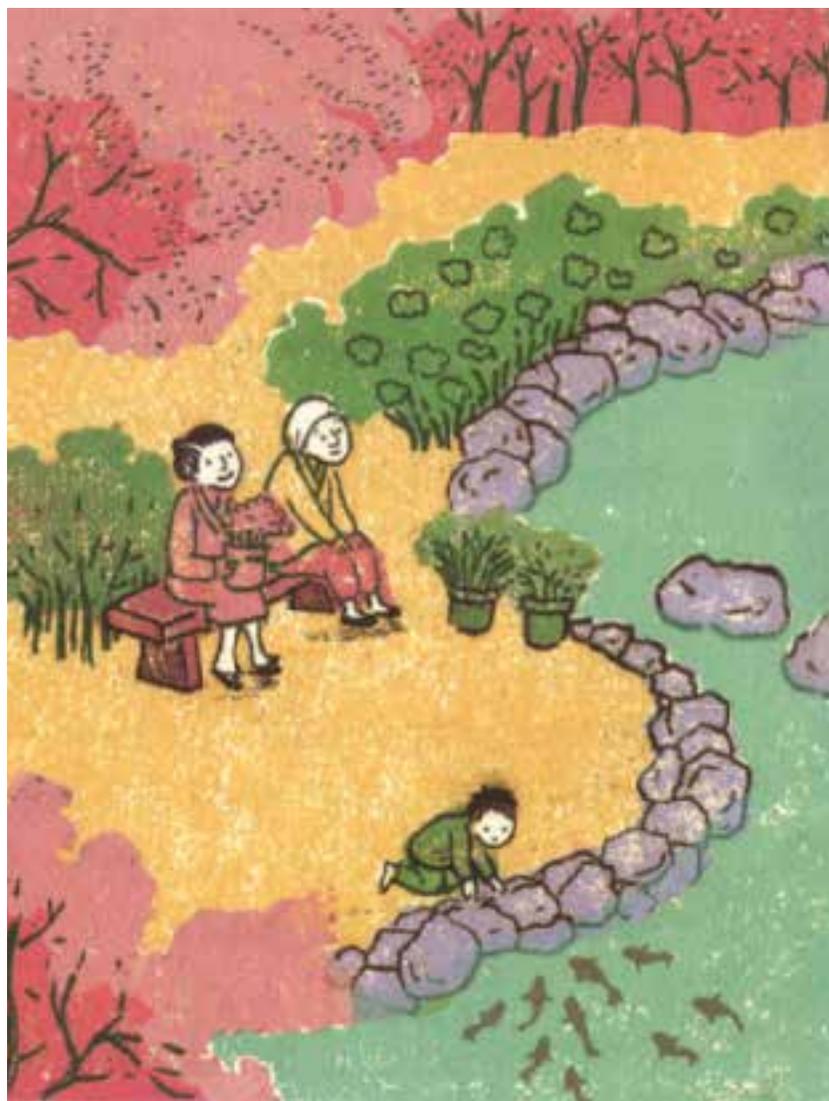
-Parece que presagia la buena suerte –dijo la esposa y ató el papelillo a la rama de un cerezo-. Espero que se convierta en realidad.

Al llegar a la casa, vieron que la única luz que alumbraba el hogar era la de una lámpara. Sin embargo, estaban felices de encontrarse en la misma casa en la que habían vivido y trabajado durante cincuenta años, al lado de los talleres y del templo que amaban y de sus buenos amigos. Estaban felices al saber que habían contribuido a cambiar las leyes.

-De ahora en adelante, en los vecindarios como el nuestro –les dijo con orgullo el zapatero a sus amigos- no se permitirá construir edificios de más de treinta y tres pies de altura.

Una mañana soleada, después de visitar el templo y observar las aves y el ir y venir de los turistas, la pareja de ancianos vio varias maquinarias y numerosos obreros trabajando en un solar vecino. Los obreros cavaban un hoyo con las maquinarias.

-¡Ay, no! ¡No creo que vayan a construir otro edificio alto! –



exclamó la esposa del zapatero-.
¿Cómo es posible?

-El hoyo que excavan parece muy pequeño –observó el zapatero.

Al día siguiente, el hoyo estaba lleno de agua, y los obreros habían retornado a plantar árboles y a construir caminos de lajas y bancos. El solar se había transformado en un parque.

-La luz llenará el espacio vacío –
exclamó el zapatero-. Nuestro
papelillo de la suerte se ha hecho
realidad.



En el parque, el bonsái y los acebos del zapatero encontraron un nuevo hogar, y el zapatero y su esposa hallaron un hogar fuera de su casa: un lugar lleno de luz donde el bonsái volvió a dar fruto, los alumnos y las ranas saltaban entre las lajas y peces de colores vívidos nadaban de un lado para el otro en el estanque: rojos, blancos y dorados bajo la luz del mediodía.

La historia anterior se inspiró en una causa judicial que en Japón abrió un zapatero de sandalias, Koji Watanabe, y tres vecinos suyos en Asakusa, una zona de Tokio famosa por su templo budista y sus vecindarios de casas tradicionales.

En el Japón de hoy, cuando se construyen edificios altos, la ley restringe la magnitud de sombra que proyectan sobre las edificaciones vecinas. En las casas nuevas, la ley requiere que la luz solar dé a diario en la sala familiar durante una cierta cantidad de horas.

